

Comentario: Una esperanza comunitaria y compartida

En el texto de la aparición de Jesús Resucitado al apóstol Tomás, la comunidad juega un papel muy importante. El apóstol, alejado de la comunidad, no percibe ni el gozo ni la presencia nueva de Jesús; permanece en el desconcierto y la desolación que siguieron a la crucifixión. Todo discípulo, abandonado a su soledad, permanece frágil y sin esperanza.

Sin embargo, en el seno de la comunidad, Tomás descubre al resucitado. Y aquellas heridas de la crucifixión, que eran el objeto de desánimo y decepción, pasan a ser el camino de su esperanza y de su fe proclamada en comunidad y capaz de trascender el momento histórico.

Nosotros somos aquellos que creen «sin haber visto». La comunidad de los cristianos sigue siendo un lugar fundamental para encontrarnos con Jesús. Y, al igual que en esta narración del evangelio, necesitamos recuperar las dos características que distinguen al relato: la «paz» que comunica Jesús resucitado y la «alegría» que llena a los discípulos.

Sabías que... «Señor mío y Dios mío»

La expresión, mediante la cual el apóstol Tomás manifiesta su fe en Jesús resucitado, fue también un grito de protesta de las comunidades cristianas del siglo primero. Durante el Imperio Romano se había establecido el culto imperial, que incluía un conjunto de rituales realizados en honor del emperador romano. Se quemaba incienso ante la imagen del César y se le adoraba diciendo: «Señor mío; dios mío». Los primeros cristianos se oponen a esta forma de idolatría. Tan solo a Jesús Resucitado se debe proclamar como: Señor mío y Dios mío.

Oración:

Entra, Señor, en nuestra vida, aunque estemos muertos de miedo, cansados del camino...

y aunque nuestras ventanas estén cerradas a cal y canto.

Entra, Señor, en nuestra vida y muéstranos las heridas que te hicieron en las manos. Necesitamos aprender de Ti que el dolor y el sufrimiento no tienen la última palabra.

Entra, Señor, en nuestra casa para enseñarnos a levantarnos tras nuestras caídas; para devolvernos la fe; y enseñarnos a creer en la vida. Amén

COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san JUAN 20,19-31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: –Paz a vosotros.

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: –Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado así también os envié yo.

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: –Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: –Hemos visto al Señor. Pero él les contestó:

–Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: –Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás:–Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Contestó Tomás: –¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: –¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Palabra del Señor



REFLEXIÓN

¿Qué sucedió?

La muerte de Jesús significó para sus discípulos, fracaso y miedo. Los relatos evangélicos lo dicen con mucha claridad: «Estaban en una casa con las puertas cerradas por miedo» (Jn 20,19). Esta situación contrasta con otra



bien distinta, como hemos escuchado en la primera lectura: que «los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Señor con mucho valor» (Hch 4,33). Y surge la pregunta: ¿qué sucedió, entre medias, en la vida de aquellos discípulos derrotados? ¿Cuál fue la causa de tal cambio? Los relatos evangélicos dicen que en la vida de aquellos hombres y mujeres tuvo lugar un acontecimiento que los transformó. Jesús resucitado llegó a ellos como llega el día, con el alba, y disipa la oscuridad de la noche. Y en su vida se hizo el día. Aquel encuentro los cambió radicalmente y comenzaron a vivir una vida nueva, al estilo de Jesús. Mirémonos. Nos cuesta creer que el encuentro con Cristo resucitado sea posible. Quizá no deseamos ese encuentro pues estamos confortablemente instalados en nuestras costumbres, sin deseos de cambio. Nos podemos mirar en Tomás.

Tomás y nosotros

Tomás no estaba con el grupo la tarde en que llegó Jesús y, cuando volvió, le dijeron: «Hemos visto al Señor» (Jn 20,25). Tomás es imagen de cada uno de nosotros. Como él, también nos cuesta creer y también creemos con dudas. Tomás también es figura de muchos de nosotros cuando no nos conformamos solo con lo que nos han contado y buscamos y deseamos, sinceramente, encontrarnos a Jesús resucitado. En la incredulidad de Tomás hay honestidad y sana rebeldía. No vale cualquier anuncio del resucitado, solo nos vale el anuncio del Cristo que fue crucificado. «Si no veo en sus manos la señal de los clavos...» (Jn 20,25).

Encontrarnos con el Resucitado

La incredulidad y también el inconformismo le condujo, a Tomás, hasta Jesús. Cristo resucitado vino a Él y pudo experimentar de nuevo el calor de su mirada acogedora, la ternura de sus manos, la fuerza de sus palabras llenas de vida; pudo ver en sus ojos el amor y la determinación de dar la vida por el Reino del Padre. Y supo que era Él, el mismo Jesús, ahora resucitado. Tomás creyó y la confesión de su fe es la más rotunda de todo el evangelio: «Señor mío y Dios mío». ¿No necesitaremos, hoy y siempre, mirar un poco más a Tomás y, como él, tener la honradez y la humildad de confesar nuestra poca fe en Jesús resucitado? ¿Y, como él, no contentarnos con lo dado y dicho, sino desear ver y tocar al resucitado?

LA ALEGRÍA DEL ENCUENTRO COMUNIDADES QUE COMPARTEN

Hay un lazo estrecho, íntimo e indestructible entre el encuentro con el Resucitado y el hecho de ser y vivir como comunidad. Las lecturas de Hechos y el evangelio lo reflejan claramente. «¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios», leemos en la lectura de la 1ª carta de Juan (1Jn 5,5). Creer en Jesús resucitado y encontrarse con Él es creer que vivimos un mundo de hermanos, frente al individualismo cerrado y consumista del mundo que vivimos. Creer en Jesús Resucitado es vencer ese mundo que Juan identifica con la injusticia. La consecuencia es la comunidad. «El testimonio de la resurrección (Hech 4, 33) engendra nuevas relaciones interpersonales y sociales que se fundan en la libertad de amar sin explotación ni dependencia. Pero eso no sucede de la noche a la mañana, sino gracias a una renovación interior que provoca un nuevo estilo de vida e instaura en la comunidad nuevas estructuras de participación de los bienes». Sólo quien vive al margen de la comunidad y se aísla, en su miedo, decepción o increencia, se aleja de esa experiencia del Encuentro (Tomás). Encuentro y comunidad se necesitan mutuamente. De la alegría del Encuentro brota una nueva comunidad resucitada. Nada es de nadie y todos somos de todos.

«Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos» (*Evangelii Gaudium*, 87).